

## APROXIMACIONES A LA TEORÍA DEL INCONSCIENTE EN LA FENOMENOLOGÍA Y EN EL PSICOANÁLISIS

José L. González López

Las presentes reflexiones sobre la teoría del inconsciente en la fenomenología husserliana y en el psicoanálisis de S. Freud forman parte de un más amplio estudio teórico que el autor piensa dar pronto a la luz pública y en el que se ha llevado a cabo la confrontación del modo de pensar rotulado como “fenomenología” con otras corrientes y direcciones del pensamiento contemporáneo, tales como el marxismo considerado como una teoría de la praxis o como una especial reflexión sobre la conciencia “constituyente” del mundo y de la subjetividad humana; o el análisis lingüístico con los correspondientes re-descubrimientos que muchos de los actuales estudiosos de los problemas de la lingüística y de la filosofía del lenguaje han hecho de la fenomenología; o para aludir, simplemente, a uno de los pensamientos que con mayor agudeza están poniendo de relieve la profunda interacción entre la reflexión, el individuo y el organismo vivo y dinámico de cualquier colectividad, basta pensar en el descollante papel que juega en una de las últimas obras de J. Habermas (1) la exposición y profundización en el tema de la “soziale Lebenswelt”, que prosigue, en definitiva, la ya antigua discusión de Habermas con la fenomenología husserliana, al igual que hicieron en su momento algunos de los más egregios representantes de la escuela de Frankfurt (2).

Dentro de este conjunto de indagaciones que arrancan, en buena parte, del intento de hacer dia-logar a la fenomenología con su época y de buscar el sentido real de ese pensamiento, uno de los de mayor enjundia filosófica del siglo en el tema del descubrimiento de la “naturaleza de la razón” y, por lo mismo, acaso uno de los

---

(1) J. Habermas, *Theorie des kommunikativen Handelns*, Bd. II, Kap. 6, “Zweite Zwischenbetrachtung: System und Lebenswelt”, Frankfurt am Main, 1981, págs. 173-239.

(2) Véase, p. ej., en T.W. Adorno la confrontación inicial con Husserl y la fenomenología, en *Philosophische Frühschriften* y en el escrito más tardío de *Zur Metakritik der Erkenntnistheorie. Studien über Husserl und die phänomenologischen Antinomien*, que prosigue esa discusión inicial (*Gesammelte Schriften*, Bde. 1 y 5, Suhrkamp, Frankfurt a. M., 1973, 1971).

últimos intentos de filosofar desde ciertos arcanos terminológicos y conceptuales que corren continuamente el riesgo de autofagocitarse en el constante ejercicio de una reflexión que acaba siendo exclusivamente creadora de sí misma, dentro de ese marco de indagaciones —decimos— cobra una singular importancia una confrontación, tanto histórica como temática, del pensamiento husserliano con ciertas formulaciones de la psicología freudiana sobre la estructura de la conciencia y, en general, de la subjetividad humana.

Por razones de espacio sólo nos ocuparemos aquí de las puras relaciones temáticas y conceptuales que pueden establecerse en torno a la teoría del inconsciente en ambos pensadores. Dejaremos para otra ocasión la consideración histórica que permita sacar a la luz las urdimbres de intereses y motivaciones reales de ambos pensamientos, alimentados, en buena medida, desde el común suelo histórico e intelectual de la Viena finisecular y de su positivista universidad. Además, el esclarecimiento de ambos momentos teóricos nos va a permitir sentar, como punto de partida para ulteriores análisis, el modo peculiar de concebir, en uno, la actividad consciente como plataforma de autotransparencia y autoiluminación de la reflexión sobre sí misma y el mundo, esto es, como una reflexión que no deja —o pretende no dejar— nada tras de sí que no aparezca nimbado con la aureola de la autocompensibilidad; y en el otro, una teoría que descubre en la actividad de la conciencia elementos arcanos que escapan al control de la reflexión, dejando así la puerta abierta a todo tipo de intereses inconfesados que, más allá de las preocupaciones iniciales de la teoría, pretenden convertir a ésta en plataforma teórica para cualesquiera modos de abuso o manipulación de la conciencia individual o colectiva.

Por otra parte, el extendido uso y abuso —en ciertos ambientes clínicos y socioculturales— de las teorías psicoanalíticas (3) va reclamando de la reflexión filosófica la necesidad de someter a revisión los conceptos claves de la teoría tales como fueron programáticamente expuestos por su fundador, cuando todavía estaban más acá de ortodoxias y heterodoxias, de desviaciones a la izquierda o a la derecha, aunque quizás llevasen ya en germen, por su misma contradicción y cierta inseguridad teórica, la posibilidad de futuros desviacionismos. Pero, además, el hecho de que la revisión se retrotraiga al origen histórico de la teoría (4) se justifica aún más aquí por el trata-

---

(3) No puede hoy pasarse tan fácilmente por alto el hecho sociológico del enorme y extendido uso que la *praxis* psicoanalítica ha tenido en las sociedades industriales avanzadas, sobre todo de desaforado desarrollo consumista, como, por ejemplo, los Estados Unidos de Norteamérica. De este modo, los distintos grados de aceptación del psicoanálisis, que van desde los que corresponden, inicialmente, a la sociedad vienesa de principios de siglo, hasta los que se generan en medio de la cruel despersonalización de las sociedades postindustriales, jalonan todo el camino del desarrollo histórico de esta teoría y constituyen uno de los más importantes puntos de partida para la auténtica valoración de su efectiva dimensión de “principio de realidad”.

(4) Prescindimos, pues, deliberadamente de entrar en una discusión pormenorizada con las distintas problemáticas que plantea el análisis de la teoría del inconsciente. Un amplio y profundo diálogo sobre el tema se ha llevado a cabo en el “Coloquio de Bonneval” (1960), bajo la dirección de H. Ey. Las ponencias y comunicaciones presentadas al mismo han sido publicadas en: *L'incons-*

miento específico que vamos a darle a la misma. Pues, ya que dicho tratamiento será, de algún modo, “fenomenológico”, baste por lo de ahora, una vez más, con recordar que la fenomenología y el psicoanálisis nacieron y se desarrollaron en el mismo tiempo histórico e, incluso, como veremos más adelante, se alimentaron, en buena parte, en sus indagaciones psicológicas del mismo suelo teórico.

## I

### **El tema fenomenológico de la asociación y de las síntesis pasivas como punto de partida para la elucidación de la teoría freudiana del inconsciente**

El hilo conductor que guiará estas reflexiones, que huyen del dogmatismo intelectual, aunque muchas veces puedan aparecer aparentemente tonos del mismo a causa de la radicalidad con que pretenden llevarse a cabo, lo constituirá la necesidad de aclarar el sentido y los últimos fundamentos de la teoría freudiana del inconsciente, tomando como punto de partida el tema fenomenológico de la asociación y de las síntesis pasivas.

Veamos, brevemente, cuál es el sentido que toma en el último Husserl el tema clásico de la asociación y su consideración como una asociación pasiva y genética, o, lo que es lo mismo, como síntesis pasivas. Para ello es necesario fijar la mirada en las figuras conceptuales con que Husserl revistió a la fenomenología en el tercer y último período de su periplo intelectual. Las indagaciones husserlianas que habían sido consideradas antes como eidéticas y trascendentales, abordan ahora, a partir de los años de 1917-1918 (5), el tema de la génesis de la constitución y de lo en ella constituido. Mientras la fenomenología en el estadio de los tres libros de las *Ideas* (6) se había preocupado por establecer las correlaciones entre la conciencia constituyente y las objetividades constituídas, fijando esas correlaciones en un plano estático, esto es, sin perseguir la génesis de la motivación y del sentido de esas correlaciones, a partir de la fecha señalada el único tema, el tema central de la fenomenología, va a ser la búsqueda de la génesis de todas las objetividades constituídas tanto reales como ideales, en un

---

*cient*, Desclée de Brouwer, Paris, 1966. (Hay trad. esp.: *El inconsciente*, s. XXI, México, 1970, 454 págs.). Destacan, para nuestro interés, fundamentalmente las ponencias de índole filosófica, tales como la de A. de Waelhens, “Sobre el inconsciente y el pensamiento filosófico”, y la de Lanteri-Laura, “Los problemas del inconsciente y el pensamiento fenomenológico”, *op. cit.*, tr. esp., págs. 401-439.

(5) En la época de las estancias vacacionales de Husserl en Bernau, durante los años 1917/1918, aparece la problemática de la génesis fenomenológica, surgida en conexión con sus investigaciones sobre la *Zeitkonstitution* y el problema de la *Individuation*. Gran cantidad de reflexiones sobre esta temática están contenidas en los manuscritos conocidos con el nombre de “Bernauer Manuskripte”.

(6) E. Husserl, *Ideen zu einer reinen Phänomenologie und phänomenologischen Philosophie* I-II-III, Husserliana, III, IV, V, Den Haag, 1950, 1952.

plano noético o noemático, que fundan y determinan, en última instancia, el sentido y la estructura de la subjetividad trascendental. A este respecto señala Husserl:

“Como estática puedo muy bien designar la investigación fenomenológica que persigue las correlaciones entre la conciencia constituyente y la objetividad constituida y que, en general, excluye los problemas genéticos” (7).

En definitiva, esta génesis —en el párrafo del manuscrito acabado de citar— se define como aquello que todavía falta en la investigación y, por tanto, que se presenta negativamente. Apunta, más allá de los complicados análisis intencionales de detalle que persiguen la aclaración de determinadas estructuras, a establecer una “historia” de la conciencia, naturalmente no una historia en la que se destacasen los aspectos ontogenéticos o filogenéticos de la conciencia natural, sino la “historia esencial de los tipos de apercepción”.

“La ‘historia’ de la conciencia (la historia de todas las apercepciones posibles) no trata de la mostración de génesis fácticas para apercepciones fácticas o tipos fácticos en una corriente fáctica de conciencia o también en la de todos los hombres fácticos —por consiguiente, nada semejante al desarrollo de las especies de plantas y animales—; más bien cada forma de apercepciones es una forma esencial y tiene su génesis de acuerdo con leyes esenciales, y, por tanto, está comprendido en la idea de semejante apercepción el que ella deba someterse a un ‘análisis genético’ ” (8).

Pero esta historia acontece dentro de un devenir originario, cuya última clarificación de sentido concentrará los postreros y máximos esfuerzos de la meditación husserliana. Pues la búsqueda —aclaración intencional— del devenir originario que funda la temporalidad de la conciencia y que contribuye a explicar la conexión condicionante entre *motivante* y *motivado*, queda definitivamente expresada con clara radicalidad en estas palabras contenidas en el manuscrito citado más arriba: “¿Cómo la conciencia deviene conciencia a partir de ella misma?” (9).

Mientras no se resuelva y, por lo tanto, no se plantee previamente el problema de cómo la conciencia deviene conciencia dentro del *flujo temporal*, todas las teorías sobre la asociación, desde las ya clásicas del empirismo hasta las que, aparentemente, han radicalizado —como luego veremos— el planteamiento sobre la motivación y los actos motivados, como es el caso del psicoanálisis, permanecen faltas de la última transparencia de sentido, desde el cual se pudiese plantear con rigurosidad el tema de la real legalidad de un nexo causal o motivacional, o se permitiese abordar el tema de la cuestión de qué es temporalidad y de cómo se constituyen los actos o vivencias motivados a distintos niveles de implicación intencional dentro del *Zeitstrom* originario.

---

(7) E. Husserl, Ms. B III 10, págs. 33 ss. (cit. por E. Holenstein, en *Phänomenologie der Assoziation*, Den Haag, 1972, pág. 27). Una parte de este manuscrito ha sido publicado como “Abhandlung III” en *Analysen zur passiven Synthesis*, Hua. XI, págs. 336-345.

(8) E. Husserl, *Analysen zur passiven Synthesis*, Husserliana, XI, Den Haag, 1966, pág. 339.

(9) *Ms. cit.*, pág. 41.

Por último, para evitar malentendidos a quienes únicamente piensen en el escalonamiento y gradación de las estructuras constituídas de la conciencia, de que se nos habla en *Ideas II*, y también para mostrar hasta que punto la separación entre fenomenología estática y genética es, a veces, harto problemática y comprometida, centraremos la atención en las siguientes reflexiones: Las *Ideas II* construyen escalonadamente los productos constituídos, los noémata de la subjetividad trascendental, en diversos estratos, por ejemplo, la cosa natural, el mundo animal y el mundo espiritual, al que ya entonces se le asignó el carácter de la motivación como la ley o estructura fundamental de su constitución. Pero, no obstante, creemos que no se trata exactamente de que la relación de fundamentación en la estratificación —como sostiene Holenstein (10) interpretando el manuscrito citado— haya que tomarla como una “idealgesezlicher Zusammenhang” y no como un “realgesezlicher Kausalnexus” (o un nexu motivacional). Lo que sucedió en la estática descripción de esa “tipicidad de las dependencias en la conciencia de cualquier estadio de desarrollo” (11), fue que Husserl, sin advertirlo, aceptó el modelo natural de las ciencias positivas que presentaban el mundo estratificado de acuerdo con una vieja y desgastada tipología naturalista. La descripción de esa *Typik* no podía aceptar esa estratificación desde el punto de vista naturalista. No tendría sentido fenomenológico. Pero de hecho se encontró con ella en la descripción y no se paró a preguntar por las motivaciones de sus génesis histórico-intencionales. Vistas así las cosas, convenimos con Holenstein en que las relaciones que se establecieron entre los diversos estratos fueron puramente ideales, ya que no podían ser de otro modo dado el carácter naturalista de los *Fakta* que en este caso guiaron la eidética. El que ahora Husserl, a partir de 1917/1918, indague acerca del nexu causal y motivacional, es decir, persiga la génesis real de la constitución de los tipos de objetividades, no implica la aceptación de ningún presupuesto naturalista, de ninguna concesión a la metodología de las ciencias positivas en el terreno de la fenomenología trascendental y genética. Simple y llanamente, se trata de fundar, más allá del platonismo estático, la realidad de las operaciones motivacionales a través de las cuales la subjetividad constituye sus productos, les da sentido y “vive” con ellos en el mundo. De una *tipicidad ideal* (para adelantar algo de la temática de la discusión con el psicoanálisis) hemos pasado a una *dinamicidad motivacional real*.

Reasumiendo todo lo dicho con anterioridad, réstanos sólo añadir dos palabras sobre la caracterización de la asociación como sintética y pasiva. El modo de ser de la síntesis y su carácter genético radica, ya desde el tiempo de las *Investigaciones lógicas*, en la constitución de una nueva unidad fenomenal en la que se muestra el poder creador de la asociación (12), y no en la simple yuxtaposición, por ejemplo, por seme-

---

(10) E. Holenstein, *op. cit.*, pág. 27.

(11) *Ms. cit.*, pág. 42.

(12) “Denn unter diesem Titel (Ideenassoziation) gehört nicht bloss, was die Assoziationsgesetze ausdrücken, die Tatsache der ‘Vergesellschaftung der Ideen’ durch ‘Wiedererweckung’, sondern auch die weiteren Tatsachen, in denen sich die Assoziation schöpferisch erweist, indem sie nämlich deskriptiv eigentümliche Charaktere und Einheitsformen schafft” (E. Husserl, *Logische Untersuchungen*, II/1, Tübingen, 1968<sup>s</sup>, pág. 29).

janza o contigüidad de lo motivante y lo motivado, cuya última explicación (lo veremos más adelante a propósito de la teoría en Freud) se ve obligada, bien a su pesar, a recurrir a explicaciones fisiológicas y, en suma, científico-naturalistas. En lo tocante a la modalidad de la pasividad, que funda los actos de más baja radicación de constitución de la realidad, por ejemplo, del mundo percibido en su dimensión espacio-temporal, podemos señalar como notas definitorias el carácter de inacción del yo, su falta de participación en la síntesis y, sobre todo, el hecho fenomenológicamente decisivo de no hallarse intencionalmente dirigido a la *unión* que caracteriza la asociación (13).

Estamos ya en disposición de abordar el estudio del compromiso inicial de la fenomenología con la teoría del inconsciente.

## II

### Compromiso inicial de la fenomenología con la teoría del inconsciente

La investigación del famoso *a priori* universal de la correlación entre el objeto de la experiencia y los modos de lo dado que —según consta en una nota a pie de página de la *Krisis* (14)— sacudió la vida del filósofo a partir de 1898, constituyéndose en el tema central de toda indagación ulterior, dió ocasión a Husserl de enunciar algunos aspectos del flujo de la vida de la conciencia todavía no conscientes, y, como consecuencia de ello, estimuló a E. Fink a exponer, breve pero enérgicamente, un sabroso comentario sobre el *inconsciente*, que vamos a tomar como hilo conductor de nuestras reflexiones. En efecto, Husserl afirmaba lo siguiente:

“Está implícito en la respectiva percepción de la cosa un ‘horizonte’ total de modos de aparecer y síntesis de validez no actuales y que, sin embargo, actúan conjuntamente” (15).

Y, un poco más adelante, continuaba:

“Pero en esta presencia... hay una continuidad de lo todavía consciente, de lo que fluye, algo que de ningún modo es más intuitivo, una continuidad de ‘retenciones’, y, en otra dirección, una continuidad de ‘protenciones’ ” (16).

---

(13) Cfr. Hostenstein, *op. cit.*, pág. 31.

(14) “Der erste Durchbruch dieses universalen Korrelationsapriori von Erfahrungsgegenstand und Gegebenheitsweisen (während der Ausarbeitung meiner ‘Logischen Untersuchungen’ ungefähr in Jahre 1898) erschüttert mich so tief, dass seitdem meine gesamte Lebensarbeit von dieser Ausgabe einer systematischen Ausarbeitung dieses Korrelationsapriori beherrscht war...” (E. Husserl, *Die Krisis der europäischen Wissenschaften und die transzendente Phänomenologie*, Husserliana, VI, La Haya, 1962, pág. 169).

(15) *Ibid.*, pág. 162.

(16) *Ibid.*, pág. 163.

Esta tematización de las implicaciones intencionales que cualquier horizonte interno o externo de una cosa presenta y que no están intuitivamente “ahí”, o esa semi-conciencia que patentiza, dentro del discurrir temporal, los aspectos retencionales y protencionales de cualquier percepción, depende de que previamente se haya tematizado la vida de la conciencia y, siguiendo el hilo de sus desarrollos y el análisis de sus estructuras, se termine en la aceptación del primado absoluto de la subjetividad trascendental, sin la cual no sólo no habría ningún mundo, sino que tampoco existirían los aspectos conscientes o inconscientes del *Bewusstsein* husserliano.

El haber asumido esta opción con radicalidad llevó a E. Fink a añadir como complemento al parágrafo 46 de la *Krisis* su famoso anexo XXI (17), en el que, de un modo velado pero no por eso menos concluyente, elimina la posibilidad de un tratamiento del inconsciente y de los aspectos tópicos y energéticos que por entonces el psicoanálisis freudiano había ya ampliamente desarrollado y difundido.

“Sólo después de una explícita analítica de la conciencia puede ser planteado, en general, el problema del inconsciente” (18).

Por lo demás, todas las restantes teorías del inconsciente, incluida naturalmente la psicoanalítica, quedarían prisioneras de la actitud natural en que la conciencia ingenua se comprende a sí misma *dentro* y *con* relación a un mundo exterior, que forma el entramado de sus intereses y constituye el polo hacia donde proyecta continuamente sus pulsiones. Tan pronto como el análisis intencional revela a la reflexión fenomenológica la verdadera estructura y las dependencias formales y materiales entre los planos constituyentes y constituídos, entre la unidad de sentido que liga las dimensiones noéticas y noemáticas de una misma vivencia, la teoría del inconsciente que había pretendido sepultar a éste en las profundidades de la *vida*, tomándola como una instancia superior y más amplia que la conciencia, se torna ingenua y naturalista y queda sometida, si se quiere alcanzar claridad fenomenológica, al mismo tipo de análisis intencional que se utilizó para sacar a la luz las estructuras de la conciencia. Pues los aspectos del inconsciente que de algún modo franquean la censura y se hacen conscientes, se revelan como pura apariencia a partir de la cual, siguiendo el método de una empiria inductiva, se pretende esclarecer constructivamente el contenido del inconsciente, aceptando una “ingenua, dogmática e implícita teoría sobre la conciencia” (19). Pero es que, además, puede ocurrir que después de esa explícita analítica de la conciencia —que Fink propone— no reste, acaso, ya nada que merezca designarse con el nombre del “inconsciente”. ¿No habrán quedado, después de esta tarea, todos los problemas y enigmas de la conciencia disueltos, una vez que la reducción trascendental haya alcanzado todos los planos y estratos del flujo de las vivencias que integran la conciencia? ¿Y, también, no desaparecerá de ese modo el confuso y especula-

---

(17) *Ibid.*, Beilage XXI: “Finks Beilage zum Problem des ‘Unbewussten’ ”, págs. 473-475.

(18) *Ibid.*, pág. 475.

(19) *Ibid.*, pág. 474.

tivo abismo entre la vida y la subjetividad trascendental, que tantos malentendidos ha provocado, sobre todo en las versiones existencialistas de la fenomenología?

Sin embargo, ¿ha sido este *desideratum* alcanzado en algún momento por la fenomenología husserliana? Digamos, por el momento, que si este tipo de cuestiones quiere de alguna manera alcanzar una solución, desde dentro de los análisis fenomenológicos, habrá que preguntar por el modo cómo la *vida* se inserta, constitutivamente materializada, en un determinado estrato de la subjetividad trascendental, aquél que, todavía no suficientemente tematizado, impide la total transparencia del EGO y determina la confusa y abigarrada constelación de instintos y pulsiones, sin los cuales el psicoanálisis, por ejemplo, carecería de todo el rico material de donde ha extraído sus problemáticos conceptos psicológicos.

Pero no es éste el único lugar en que Husserl plantea tangencialmente y rechaza la apelación a una instancia inconsciente para aclarar el núcleo central del psiquismo: la vida intencional de la conciencia. Cuando trata de determinar el método de la reducción fenomenológico-psicológica, mediante la cual la psicología pura tendría acceso a las estructuras esenciales de la llamada “alma pura”, Husserl menciona las intencionalidades “inconscientes”, y, precisamente, en un contexto bastante explícito en que se hace marcada referencia a la teoría de la psicología profunda, con la cual, por supuesto, no se muestra de acuerdo.

“Más allá de todo esto hay siempre todavía... intencionalidades ‘inconscientes’. A este tipo pertenecen los afectos reprimidos, descubiertos por la ‘psicología profunda’ (con cuyas teorías no nos identificamos por eso), del amor, la humillación, el ‘resentimiento’ y los modos de comportamiento que esos afectos motivan inconscientemente” (20).

Sin embargo, aceptando el hecho de la existencia de esas intencionalidades “inconscientes”, Husserl no acepta más que lo que ya había mostrado en los análisis de la percepción: la existencia de un *horizonte intencional*, cuyo último alcance y sentido permanece oculto mientras no se aclare la estructura del fluir originario de la conciencia, el cual, sin ser el mismo temporal, determina las variaciones del flujo dentro de una corriente ya temporalizada que deviene *pasado, ahora y futuro*, y que continuamente funda la *lebendige Gegenwart* (21).

Cabría ahora una cierta objeción cautelar a lo dicho, sobre todo si se tiene en cuenta que las asociaciones concebidas como síntesis pasivas se convierten en formaciones unitarias, en que lo motivado remite *a priori* y necesariamente a lo motivante, a partir de unas operaciones constituyentes anónimas que no dependen de ninguna específica motivación de sentido captada en la esfera superior de los actos cognitivos. La objeción derivaría del hecho de determinar hasta dónde se puede hablar con sen-

---

(20) *Ibid.*, pág. 240.

(21) La mejor investigación sobre el tema de la “lebendige Gegenwart” sigue siendo el libro de K. Held, *Lebendige Gegenwart*, Den Haag, 1966 (Phaenomenologica 23).

tido de captación consciente de esas síntesis pasivas anónimas. Permítasenos, en orden a la superación de la objeción, incidir brevemente en lo que, una y otra vez, se revela como esencial en cualquier análisis intencional: la necesaria referencia de cualquier estructura descubierta a la subjetividad trascendental. Así, una vez descubiertas las mencionadas operaciones anónimas, éstas quedan convertidas en fenómenos, con sus modalidades esenciales y legalidades regulares, de la subjetividad trascendental. Ello no quiere decir que el sujeto empírico pudiera, mediante un acto de puro ejercicio de la voluntad, cambiar el sentido de esas síntesis, alterar, por ejemplo, la estructura espacio-temporal del mundo percibido. Las nuevas objetividades constituidas mediante esta modalidad de la asociación devienen así fenómenos de la subjetividad trascendental, es decir, pasan a integrar el dominio de la epología pura.

### III

#### El psicoanálisis como propuesta de una teoría del inconsciente autónomo

Frente a esta *sui generis* negación del inconsciente, el psicoanálisis freudiano postuló desde un comienzo la exigencia de la existencia de un *inconsciente autónomo*. No podemos detenernos ahora aquí a analizar las diferentes corrientes psicológicas que negaron la existencia de tal inconsciente, ni tampoco —lo que sería mucho más interesante— a estudiar el punto de partida teórico tomado por Freud, y que constituyó uno de los momentos de arranque de su incipiente pensamiento psicológico. Nos referimos a las conclusiones extraídas por Janet en sus experiencias sobre la hipnosis y el automatismo psicológico (22), y a la no menos importante contribución teórica de la obra de Herbart, *Psicología como ciencia* (23), en la que se utiliza la categoría de represión aplicada a la descripción del inmediato contenido fenomenal de una representación. Mostrar cómo el carácter de autonomía del inconsciente frente al consciente no sólo no ha podido ser mantenido por Freud a lo largo del desarrollo de la teoría psicoanalítica, sino que en definitiva, cambió por completo de sentido, constituirá el centro de nuestras últimas reflexiones. Al mismo tiempo, tomando siempre como hilo conductor el peculiar carácter de la asociación en Freud, encontraremos la posibilidad de una superación de sus contradicciones mediante una confrontación con la teoría husserliana que nos ha ocupado hasta ahora.

La teoría del inconsciente tal como aparece formulada en lo *Inconsciente* (24) y la *Represión* (25) supone una concepción tópica del aparato psíquico y, como mos-

---

(22) P. Janet, *L'automatisme psychologique*, ed. Alcan, Paris, 1889.

(23) J.F. Herbart, *Psychologie als Wissenschaft* I-II, Königsberg, 1824/25 (Reimpresión en *Sämtliche Werke* V, Langensalza, 1890, págs. 177-402; VI, 1892, págs. 1-338). Un ejemplar de esta obra se encuentra en la biblioteca particular de Husserl, provisto de anotaciones y subrayados.

(24) S. Freud, *Das Unbewusste*, 1915 (*Studienausgabe*, Fischer Verlag, Frankfurt am Main, 1969-1979, vol. III, págs. 119-173).

(25) S. Freud, *Die Verdrängung*, 1915 (*Studienausgabe cit.*, vol. III, págs. 103-118).

traremos, arrastra toda una serie de prejuicios naturalistas, que no sólo hacen inviable la teoría, sino que la precipitan hacia su disolución. La conciencia es concebida, en esta primera época, como la instancia censora y el inconsciente como lo reprimido, el cual, investido por todas las representaciones simbólicas en que se transforman las fuerzas pulsionales, pugna por entrar en la esfera de la conciencia. Esto lo consigue en parte mediante las representaciones oníricas o a través de toda la tan difícilmente tematizable gama de actos fallidos, actos que contribuyen a manifestar a la conciencia la existencia siempre peligrosa y enigmática de las fuerzas inconscientes, las cuales recaban para sí una autonomía fundada en una positividad naturalista que roza continuamente el trasfondo biológico instintivo de que emanan las pulsiones.

En un principio, pues, esta topología explicativa del inconsciente otorgaba al exterior, a la conciencia y, en definitiva, al principio de realidad, la supremacía sobre el inconsciente al hacer depender a éste de la censura consciente. Sin embargo, la teoría freudiana que concebía el consciente como un fiel reflejo de la realidad no sólo manifestaba su todavía marcado carácter mecanicista, positivista y, en último término, cartesiano (entendiendo aquí cartesianismo como naturalismo y objetivismo), sino que comprometía desde el comienzo a toda la teoría, mejor dicho, a los intentos teóricos de elaborar el constitutivo ontológico del inconsciente. La estructura tanto tópica como dinámica del inconsciente quedaba, pues, sometida a las leyes de un realismo ingenuo, que funda, dentro de la más asombrosa ingenuidad, la estructura del ser-consciente. Así, pues, será fácil ver cómo, al no haber aclarado las estructuras y los planos de constitución de la conciencia, embrolló hasta las más peligrosas extremosidades la teoría del inconsciente, convirtiendo a la esfera del ser-consciente en una parte más de lo indescifrable. Al pasar, en consecuencia, de un naturalismo atroz a la disolución de cualquier tipo de análisis intencional (que podría haber aproximado desde el principio el psicoanálisis a la fenomenología), se hizo, en última instancia, imposible para la reflexión freudiana la elucidación fenomenológica de las coimplicaciones intencionales de la “intencionalidad inconsciente”, a la que nos hemos referido con anterioridad. Además, el hecho de que la conciencia acabe por no tener actividad para ella misma, cediéndosela toda al inconsciente como la auténtica fuerza represora, deriva no sólo de su carácter naturalista, sino, sobre todo, de su modalidad *no constituyente*. Pero bien entendido que, desde un punto de vista fenomenológico, por ejemplo, en lo tocante a la pasividad de las llamadas síntesis genéticas —como ya hemos insinuado— no se sostiene que transcurran en algún tipo de arcano no perteneciente a la conciencia, en una especie de reservorio o cámara secreta donde se elaborasen las estructuras del ser-consciente, aquéllas que después se encargarían de darnos un mundo, de constituir una actitud natural del sujeto volcado ingenuamente hacia su mundo. Sencillamente, la pasividad señala a la necesidad *apriórica* de que las relaciones entre las estructuras noéticas y los contenidos noemáticos de la conciencia sean *invariantes* y no puedan ser de otro modo, aunque la libre variación de la fantasía, la voluntad imaginaria, quisiera cambiar el curso y el sentido mismo de la constitución.

Los problemas que podrían plantearse ahora desde la perspectiva tópica de la teoría freudiana del inconsciente, en situación paralela a los de la concepción estática de la fenomenología que hemos analizado, se refieren una vez más al sentido de la motivación y apuntan, por lo tanto, como veremos más adelante, a una diferente concepción de la asociación en Husserl y Freud. La estructura tópica del psiquismo freudiano recuerda a aquella organización estructural de la realidad que nos ofrecía *Ideas II*. En ellas —como hemos apuntado— se hablaba de las correlaciones existentes entre la conciencia constituyente y las objetividades constituídas. Pero quedaba deficientemente tratada, o mejor —según el propio Husserl—, excluída, la génesis de la motivación de esas correlaciones esenciales y *a priori*. Algo parecido ocurre con la concepción tópica del inconsciente freudiano. Pues con la teoría de las *Besetzungen* que invisten las pulsiones según diversas configuraciones, incluso con la revelación del complejo de Edipo como la *protoinvestidura*, alrededor de la cual, una vez fijada, surge todo el abigarrado mundo de representaciones libidinales reprimidas, no se ha resuelto —sólo insinuado estáticamente— el problema de las génesis constituyentes de esas investiduras y de todos los *Abkömmlingen*, retoños o brotes psíquicos, que las acompañan. Todo el problema está ahora —repetimos— en determinar el proceso de la génesis de esos brotes, por lo demás revestidos de una coherente organización, es decir, procedentes claramente de una concreta motivación de sentido que emerge desde las profundidades del ser inconsciente. ¿Cómo, de acuerdo con qué síntesis pasivas, con qué tipo de *Urassoziation*, han sido constituídas esas protoformas, esos retoños que componen, como investiduras de las pulsiones, los elementos de más baja radicación del ser psíquico? ¿Y no evidencia palpablemente la propia confesión freudiana sobre su “alta organización” la idea que lo guía, es decir, la concepción de un inconsciente montado sobre el modelo ingenuamente aceptado de una conciencia natural, que, al no haber sido fenomenológicamente analizada, no puede servir ya para explicar el cuadro psíquico del inconsciente? Al proceder así se vió obligado a refugiarse, entonces, en el ardid de reducir esa “conciencia ingenua” al inconsciente, incurriendo con ello en una especial *metábasis eis állo génos*, al pasar del orden del *explicans* al del *explicandum*.

Desde la óptica fenomenológica creemos —y nos atrevemos a proponerlo como hipótesis de trabajo— que esta deficiencia del esquema freudiano podría haber sido evitada si el psicoanálisis hubiera comenzado por elaborar una eidética de las estructuras de la “conciencia pura”, o, manteniéndose todavía en el nivel de las indagaciones psicológicas, del “alma pura”. A este respecto leemos en el escrito husserliano de la *Krisis*:

“Pero en tanto se ve obligado a elaborar el método de la reducción fenomenológica, hace el descubrimiento de que propiamente nadie alcanza en su conocimiento de sí su verdadero y efectivo sí mismo, el ser que le es propio en tanto que sujeto ego-lógico y sujeto de todo su conocimiento del mundo con sus producciones mundanas; descubre que éste más bien sólo se muestra por medio de la reducción y de que

la psicología pura no es nada más que el trabajoso e infinito camino del conocimiento puro y auténtico de sí mismo” (26).

Pretendiendo, pues, una total clarificación de la conciencia, el psicoanálisis puso al descubierto la falacia de la identidad que subyace a tantos idealismos y a sus correspondientes movimientos epigonales. Pero, intentando curar al sujeto de la falacia idealista de la identidad, al descubrir las capas más hondas de la subjetividad: el preconscious y el inconsciente, acabó por confundir en una nueva “identidad” lo que había intentado, mediante el desdoblamiento, unir y clarificar.

La fenomenología al hacer lo mismo, es decir, al eliminar la falacia de un ingenuo autoconocimiento del hombre, intentó una clarificación intencional de las estructuras de la conciencia y del conocimiento del propio ser sí mismo, “en tanto que sujeto egológico y sujeto de todo su conocimiento del mundo con sus producciones mundanas” (27). Pero, justamente, se puso en el camino de esa clarificación intencional por haber dejado a un lado, puesto entre paréntesis, las correspondientes *Geltungen* con que la ciencia positiva —en nuestro caso la psicología empírica— pretendía, y pretende todavía, aclarar todo el abigarrado mundo de las motivaciones de la conciencia humana, desde los niveles de más baja radicación de la subjetividad individual hasta las más complicadas retículas de la intersubjetividad de una comunidad social. Y, precisamente, el psicoanálisis por no haber puesto entre paréntesis esa “validez científica” cayó, con la teoría del inconsciente, en las oscuridades y contradicciones a que hemos aludido y que constituyen, al propio tiempo, parte del juego dialéctico entre la razón y la antirazón, y que vuelven a reproducirse, por ejemplo, en la actual disputa entre la psiquiatría de corte clásico y conservadora del orden preestablecido y las resquebrajadoras respuestas de la antipsiquiatría de un Laing (28), Cooper, Redler y otros.

\* \* \*

Pero la teoría freudiana, sin duda por mor de sus propias inherentes contradic-

---

(26) E. Husserl, *últ. op. cit.*, pág. 264.

(27) *Ibid.*

(28) En este sentido es interesante observar la fuerte reivindicación que este movimiento hace de lo “personal” y “subjetivo” frente a lo “objetivo” y “despersonalizado”. Diríamos que, desde una óptica fenomenológica, se trata de no recaer, en las descripciones sobre lo específico del espíritu, en ninguna trampa de carácter naturalista que destruyese, mediante una supuesta objetiva descripción, aquello que constituye lo esencial de los actos intencionales de la actividad de la conciencia. Así leemos en Laing: “Es una desgracia que las palabras ‘personal’ y ‘subjetivo’ hayan sido empleadas con tal abuso que ya no puedan expresar ningún acto genuino de ver al otro en cuanto persona (si esto es lo que queremos dar a entender, tenemos que volver a echar mano de ‘objetivo’), sino que implican, inmediatamente, que uno está mezclando sus propios sentimientos y actitudes en el estudio que está haciendo de otro, de tal manera que deforma nuestra percepción de él. En contraste con lo honroso de ‘objetivo’ o de ‘científico’ tenemos lo deshonoroso de ‘subjetivo’, ‘intuitivo’, o, lo que es peor aún, de ‘místico’ ” (R.D. Laing, *El Yo dividido*, trad. esp., F.C.E., México, 1977, págs. 20-21).

ciones, no se quedó en su formulación tópica. A partir de los escritos sobre el *Yo y el Ello* (29), de *Más allá del principio del placer* (30) y ya, en la culminación de su pensamiento, en la *Neue Folge der Vorlesungen* (31), de 1933, se patentiza todo un cambio que va desde la estratificación tópica del psiquismo a lo que podríamos llamar la constitución, o mejor, la autoconstitución energética y económica. Veamos sucintamente las líneas fundamentales del cambio.

El Yo censurante pasa a ser un Yo censurado, incrustado, por una parte, dentro de la amorfa estructura del Ello, quien, además, asume ahora la identidad siempre difícil de comprender entre lo reprimido y la represión, es decir, asume la actividad censurante que antes ejercía el Yo. Por otro lado, el Super-Yo, como Yo-ideal, se convierte en norma de legalidad, la cual, bajo la norma de la identificación con el padre, será encargada de retener las tendencias pulsionales que, desde las profundidades del Ello, pugnan por abrirse camino hacia la esfera del Yo consciente. Pero ese Yo-ideal, considerado ahora como una *Stufe*, una diferenciación del Ello, queda también religado a la suprema instancia represora que constituye el inconsciente mismo. Y, de esta forma, al ser lo reprimido —el Yo y el Super-Yo— sólo una parte del inconsciente, éste gana definitivamente toda la esfera del psiquismo, cortándose de raíz todo intento de establecer una instancia consciente, por referencia a la cual pudiera ser aquél definido y, en consecuencia, comprendida su naturaleza. Freud no deja en sus afirmaciones lugar a duda alguna sobre lo dicho:

“No sólo lo más profundo, sino también lo más elevado en el Yo puede ser inconsciente” (32).

Sin embargo, a pesar de la nueva formulación que convierte al inconsciente en el reservorio energético de todas las fuerzas ancestrales que gobiernan la historia de la vida, haciendo posible la constitución de la vida consciente, o el alumbramiento de lo inconsciente hacia las esferas reprimidas del Yo y del Super-Yo por medio de trasvases energéticos que “motivan” todas las *Verchiebungen* y *Verdichtungen* del contenido del sentido del inconsciente, a pesar —decimos— de esa nueva formulación, subsisten los anteriores puntos de vista naturalistas, es decir, la aceptación ingenua de un mundo ya constituido y de un cuerpo que, desde el lado de su auto-constitución biológica, no plantea graves problemas. En este sentido resulta altamente ilustrativa la radical aseveración acerca de las relaciones entre *yo* y *cuerpo*. “El yo —nos dice Freud— es ante todo un ser corpóreo” (33). Aparte de las correspondencias

---

(29) S. Freud, *Das Ich und das Es*, 1923 (*Studienausgabe cit.*, vol. III, págs. 273-330).

(30) S. Freud, *Jenseits des Lustprinzips*, 1920 (*Studienausgabe cit.*, vol. III, págs. 213-272).

(31) S. Freud, *Neue Folge der Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse*, 1933 (*Studienausgabe cit.*, vol. I, págs. 448-608).

(32) S. Freud, *Das Ich und das Es*, ed. cit., pág. 295.

(33) “Das Ich ist vor allem ein körperliches, es ist nicht nur ein Oberflächenwesen, sondern selbst die Projektion einer Oberfläche” (*Ibid.*, pág. 294). Además, en la edición que utilizamos se encuentra la siguiente nota a este texto: “I.e. the ego ist ultimately derived from bodily sensations, chiefly from those springing from the surface of the body. It may thus be regarded as a mental pro-

temáticas que podrían salir a la luz en un análisis comparativo entre el psicoanálisis, con su concepción del cuerpo, y las formulaciones que sobre el mismo tema contiene el empiriomonismo de un R. Willy (34), discípulo de R. Avenarius —análisis en el que no podemos ahora detenernos—, lo que resalta, fundamentalmente, es el hecho de sumergir al Yo en las profundidades de la corporeidad, materializando así su profunda ligazón con los estratos más hondos de la vida vegetativa animal y haciéndolo, por lo tanto, prisionero de esa vida vegetativa a nivel de pura instintividad, de tal forma que este hecho se presenta como un simple recurso formal para ahogar la *Bewusstheit* de la esfera del yo y poder justificar así la primordial originariedad del inconsciente. Pero con ello no se logra más que dos cosas: por una parte, el psicoanálisis freudiano continúa dependiendo de sus iniciales planteamientos mecanicistas y, por ende, sigue —como muy bien ha señalado Buytendijk (35)— moviéndose en la línea psicológica del cartesianismo. Pero, por otro lado, elude de esa forma uno de los más graves problemas que tanto la fenomenología como el análisis existencial se han planteado y, en buena parte, desarrollado: el enjundioso problema de la constitución del cuerpo y de la definitiva superación de cualquier cartesianismo de viejo o nuevo cuño. Mientras no se aclaren las relaciones de dependencia y constitución entre el Yo, el cuerpo propio, el de los demás y el mundo entorno como cosificación de una continua y operante funcionalidad, permaneceremos prisioneros del enigma de todos los enigmas (36).

La reflexión se abre camino por una difícil senda que muestra en sus recovecos las contradicciones e imprecisiones del psicoanálisis, pero también la meta final hacia donde parece querer desembocar: en la formulación de unas síntesis asociativas originarias que fundasen y fuesen, al mismo tiempo, el inconsciente. Para ello —como hemos visto— ha sido necesario abandonar las consideraciones tópicas y reducir toda la vida psíquica a una única energía pulsional, cuya última motivación y nexo causal permanece, a todos los efectos, oscura dado el carácter especulativo de su tematización y la falta de una auténtica *praxis* psiquiátrica que confirme los supuestos de la teoría. Como ejemplificación de los intentos por reducir el inconsciente cada vez más a una única fuerza que motive toda la vida psíquica, puede valernos la afirmación de Freud sobre el *Ueber-Ich*:

---

jection of the surface of the body, besides, as we have seen above, representing the superficies of the mental apparatus". Este texto aparece como una nota a pie de página en la traducción inglesa de la obra, aparecida en el año 1927 con la expresa autorización del propio Freud.

(34) R. Willy, "Das erkenntnistheoretische Ich und der menschliche Weltbegriff", en *Vierteljahrsschrift für wiss. Philosophie*, XVIII (1894), págs. 1-28.

(35) "Die cartesianische Psychologie, die Freuds Denken bestimmte, fasste das Bewusstsein als etwas im alltäglichen Leben unmittelbar Gegebenes auf, als eine Schicht am konkreten Menschen, in der Wahrnehmungen, Vorstellungen, Erinnerungen, Strebungen, Wünsche usw. als dinghafte Inhalte mit verschiedenen Eigenschaften und kausalen Relationen sich vorfinden" (F.J.J. Buytendijk, "Husserl und die Psychologie der Gegenwart", en *Husserl und das Denken der Neuzeit*, Den Haag, 1959 (Phaenomenologica 2), pág. 95.

(36) Cfr. E. Husserl, *Zur Phänomenologie der Intersubjektivität*, I-II-III, Husserliana, XIII, XIV, XV, Den Haag, 1973.

“Esto nos lleva a la génesis del Yo ideal, pues tras él se oculta la primera y más importante identificación del individuo, la identificación con el padre del pasado personal. Esta no parece, por lo de pronto, constituir el resultado o el desenlace de una investidura objetal, sino que es directa, inmediata y anterior a cualquier investidura objetal” (37).

Esta extraña originalidad primordial concedida al *Yo ideal* como instancia perteneciente al entero dominio del Ello, anterior a cualquier fijación de una investidura objetal, parece aproximarse a la idea de un *Ur-typus*, a partir del cual, asociativamente, o mejor, mediante sucesivas cadenas de asociaciones, se fuese constituyendo la totalidad del sujeto con sus correspondientes intencionalidades, unas claramente “conscientes” y tematizadas, otras todavía formando parte de esa ya mencionada “intencionalidad inconsciente”. De esta forma, el símbolo de la identificación con el padre, en Freud, no tendría otro sentido que la búsqueda de una *Ur-heimat*, desde donde, por así decirlo, a través de la escalada intencional del mundo éste fuese paulatinamente apareciendo al sujeto como un mundo constituido y dotado de sentido. El hecho fenomenológico de que la identificación con el “padre” como *Ur-assoziation* marcara el camino para las restantes motivaciones de las asociaciones, tanto reales como ideales, haría coincidir el intento freudiano de presentar al *Ueber-Ich* como una instancia represora de posteriores elecciones de objeto del Ello (38) con el otro intento del análisis fenomenológico por encontrar un definitivo nivel constituyente que rechazase, en último término, todo tipo de “anormalidades”, en la medida en que éstas se apartasen de la supuesta *Ur-normalität* perteneciente al dominio de la *Ur-konstitution*. Esto apunta, una vez más, a la génesis intencional de todas las operaciones de la conciencia, lo cual sigue siendo el hecho fenomenológico fundamental.

“Esta maravillosa propiedad pertenece a la universalidad de la conciencia en general, como intencionalidad operante. Todas las unidades intencionales provienen de una génesis intencional, son unidades ‘constituidas’, y siempre se puede interrogar por su constitución a las unidades ‘acabadas’, por su génesis entera y, precisamente, por su forma esencial que habrá que captar eidéticamente. Este hecho fundamental, que abarca en su universalidad toda la vida intencional, es el que *determina el sentido propio del análisis intencional como descubrimiento de las implicaciones intencionales...*” (39).

Para Husserl —como hemos dicho— tanto las motivaciones asociativas como las síntesis pasivas deben en todo momento reflejar su nítida transparencia en la auto-comprensión que de sí mismo tiene el sujeto trascendental. Se rechaza, pues, todo tipo de recurso inductivo que funcionase como plataforma a la cual sería preciso retroceder para, mediatamente, captar el *eidós* de las diversas motivaciones y de sus correspondientes génesis. Sin embargo, para el psicoanálisis no parece quedar tan claro

---

(37) S. Freud, *últ. op. cit.*, págs. 298-299.

(38) *Ibid.*, págs. 301 ss.

(39) E. Husserl, *Formale und transzendente Logik*, Husserliana, XVII, Den Haag, 1974, págs. 215-216.

que pueda prescindirse fácilmente de ese recurso inductivo. Destacamos ya —al hablar, en general, del rechazo del inconsciente por la fenomenología— el decisivo hecho de que una conciencia que se autocomprenda instalada en el nivel de la más absoluta *Naivität* no puede sino transferir, mediante una empiria inductiva, esa misma ingenuidad a la esfera de los contenidos inconscientes. Pero, entonces, ¿qué clase de suelo asociativo, de *Ur-assoziation*, tendría que postular el psicoanálisis en el terreno de la constitución primordial? ¿De acuerdo con qué originario y modélico *Typus* se constituiría esa primera *Besetzung*, esa extraña, misteriosa y simbólica investidura libidinal, que fija en el padre como el *otro*, meta de esas iniciales pulsiones instintivas, el arquetipo sobre el que va a edificarse el resto de las constelaciones de futuras investiduras, auténtico entramado de un inconsciente ontológicamente oscuro y deficiente?

Aunque esa primera fijación hayamos intentado replantearla y reinterpretarla fenomenológicamente como una síntesis pasiva, rozando el peligroso y también enigmático terreno del *Ur-Logos* de la subjetividad trascendental, subsiste, sin embargo, la continua amenaza de la *Naivität*. Pues el mundo instintivo, del que, en último término, dimanen las pulsiones que van a ser investidas según una determinada *Besetzung* y más tarde reprimidas, es concebido como mundo natural, mundo biológicamente fundado, dentro del cual y en contacto con el cual se encuentra el “alma”, la *res cogitans* cartesiana, que constituye el objeto del análisis y de la terapia psicoanalítica. Ya Husserl había visto agudamente el problema a la altura de los años treinta, cuando en los manuscritos del grupo E leemos:

“Naturalmente este concepto psicológico del instinto, que debe ser innato al alma individual y a la unión anímica, es una formación constituída y pertenece al mundo constituído. Frente a ello la investigación trascendental conduce al problema de una génesis trascendental, a la que pertenecen los instintos trascendentales como conceptos fundamentales de la teleología trascendental” (40).

La elaboración de una eidética del “alma pura” sería, pues, necesaria como primer paso metódico para fundar una indagación psicoanalítica que tuviese el mundo instintivo y pulsional cuasi como un postulado. En ese primer estadio la única reducción que es necesario practicar sería la reducción psicológico-fenomenológica (41).

Aludiremos brevemente, por último, a dos brillantes replanteamientos de la problemática que nos ocupa, cada uno de los cuales trata a su modo de eludir el compromiso con la contradicción de la teoría. Nos referimos a las interpretaciones de J. Lacan (42) o de P. Ricoeur (43). El primero, con su contribución a poner de manifies-

---

(40) E. Husserl, Ms. E III 9, pág. 11 (Enero 1933). Citado por E. Holenstein, *op. cit.*, pág. 323. Parte del Ms. E III 9 ha sido publicado en *Intersubjektivität* III. Véase, sobre todo, Beilage XLIII: “Notizen über Triebgemeinschaft, Liebe, usw” (September 1933), págs. 597-602.

(41) Cfr. E. Husserl, *Krisis*, págs. 238-244.

(42) J. Lacan, *Les formations de l'inconscient* (Seminario sobre textos freudianos de 1957-58, publicados en el *Bulletin de Psychologie* XII, 2-3, 1958, págs. 182-192; XII, 4, 1958, págs.

to la estructura lingüística del inconsciente y su coherencia semántica, abrió el camino, aunque todavía enormemente poblado de tinieblas, hacia una nueva hermenéutica de los abismos ancestrales. El segundo, al poner el acento en las relaciones entre el análisis intencional y el económico, hizo posible la aclaración, mediante la coordinación entre *sentido* y *energía*, de las inevitables oscuridades que surgen en las tesis freudianas al pasar del aspecto tópico al económico y energético. Dice Ricoeur:

“¿No procede el psicoanálisis a una semejante explicitación de una contingencia llena de sentido? ¿Y no basta para ello con aplicar al deseo y a sus objetos esa explicitación de las capas de sentido, esa búsqueda de una ‘fundación original’? ¿No es la historia del objeto libidinal, a través de las fases de la libido, esa misma explicitación, que va de remite en remite? El encadenamiento de los significantes, dentro de eso que hemos denominado semántica del deseo, realiza lo que entrevió Husserl bajo ese nombre avejentado de asociación, pero cuya significación intencional captó perfectamente. Dicho con brevedad: la fenomenología habla de la génesis pasiva, del sentido que se cumple sin el yo, pero es el psicoanálisis el que lo muestra” (44).

Las palabras citadas de Ricoeur nos empujan hacia el tema central: la *asociación*, de la cual —nos dice— la fenomenología ha captado la significación intencional en su aspecto de génesis pasiva. Pero ¿y el psicoanálisis? ¿Se han despejado con las nuevas coordenadas económicas y energéticas los prejuicios naturalistas que, hasta ahora, hemos visto como oscurecían toda la teoría? ¿Qué es, en definitiva, asociación para Freud en el nivel de síntesis pasivas, aunque la pasividad se trueque, para él, muchas veces en actividad?

La asociación se presenta en Freud bajo una doble consideración (45). Por un lado, se destacan las *condiciones*, cuyo último tratamiento corresponde a la ciencia natural, en este caso a la fisiología. Por otra parte, aparecen las *causas* que son las que, bajo aspectos de pulsiones y de excitaciones instintivas, determinan el sentido último de la energética de los actos inconscientes. Por el contrario, Husserl —como ya hemos visto— elimina los aspectos naturalistas al reducir los instintos y sus correspondientes nexos causales orgánicos a la modalidad de instintos constituídos y, por tanto, a entramados de ocultos “sentidos” o simples asociaciones pasivas, que únicamente se revelan como tales en el análisis intencional de las mismas. Pero también las causas —motivaciones psicoanalíticas— que determinan la dirección en qué alcanzan cumplimiento de sentido las simples leyes físico-fisiológicas que condicionan las asociaciones, son puestas entre paréntesis en el análisis de las síntesis pasivas. Sólo la asociación como tal es convertida en *fenómeno* por el análisis intencional. Podemos, pues, concluir que la bilateralidad que sigue presentando el modelo freudiano, aún después de corre-

---

250-256). Actualmente se encuentra en curso de publicación la serie *Le séminar de J. Lacan*, Ed. du Seuil, Paris, 1975. La trad. esp. corre a cargo de Ed. Paidós, Barcelona-Bs. Aires, 1981.

(43) P. Ricoeur, *De l'interprétation. Essai sur Freud*, Ed. du Seuil, Paris, 1965. (Hay trad. esp.: *Freud, una interpretación de la cultura*, Siglo XXI, México, 1975<sup>3</sup>).

(44) *Ibid.*, trad. esp., pág. 333.

„(45) Cfr. E. Holenstein, *op. cit.*, pág. 331.

gido, no ha logrado salvar las contradicciones iniciales de rango positivista desde las que se desarrollaron la fenomenología y el psicoanálisis a comienzos del siglo XX. Permítasenos aducir una cita de Buytendyk en la que, a mayor abundamiento de lo dicho, queda más explícito lo que acabamos de enunciar:

“El psicoanálisis de los comienzos sufrió de una fundamental ambigüedad, pues, por una parte, aceptó una concepción causal de los procesos intrapsíquicos, y por otra, una génesis de sentido del comportamiento humano. Esta génesis se entiende en los trabajos psicoanalíticos del presente como la historia del devenir de una persona en su relación, en la que ella se constituye a sí misma, a un mundo ya constituido. Su conocimiento hay que considerarlo, pues, siempre como un análisis del ‘Dasein’ ” (46).

De esta forma, al presuponer ya constituido el mundo, es decir, al seguir de hecho moviéndose dentro de una estructura cartesiana que todavía no ha sido sometida a la reducción trascendental, el psicoanálisis dió y da una versión parcial de la *Sinn genesis*, justamente en el momento de un mayor acercamiento a la fenomenología tanto metódica como temáticamente. El reproche que Husserl hizo a Heidegger de no querer retroceder al *transzendentaler Boden*, permaneciendo en un ingenuo antropologismo, podría hacersele muy bien al psicoanálisis y, en definitiva, a toda psicología que de entrada dé por supuesto el mundo como lo ya constituido.

## Conclusión

Por último, ¿será posible, pues, una nueva interpretación dinámica de las pulsiones desde la llamada “formulación fenomenológica”? ¿Y se salvarían con ello las dificultades que el tránsito de la dimensión tópica a la energética no consiguió eliminar?

La imposibilidad de separar las investigaciones estáticas y genéticas en las descripción de las diversas relaciones de una *mónada*, la deficiencia de exposición lingüística con que Husserl patentizó esta clara imposibilidad, no hace sino sugerir que propiamente la descripción estática es siempre dinámica.

Esta confusión, producto de insuficiencias inherentes a la metodología de las reducciones, podría, entonces, mantener una correspondencia con lo ocurrido en el desenvolvimiento del psicoanálisis. También éste transitó desde una topicidad estática, en la que la conciencia asumió el papel de fuerza censora y reprimente, hasta el último Freud, en que, al desarrollarse más complejamente la teoría de la dinamicidad del psiquismo (ejemplificada en los desplazamientos sufridos por las *Besetzungen*, para cuya última intelección se necesita de una nueva teoría de la asociación y de sus legalidades *a priori*), el aspecto tópico tuvo que desaparecer, o, por lo menos, ser reinterpretado desde el nuevo sentido dado ahora a la suprema instancia del psiquis-

---

(46) F.J.J. Buytendijk, *op. cit.*, pág. 95.

mo: el *inconsciente*. Este acabó encarnando tanto lo reprimido como tal —el Ello— como la propia energía que motivaba esa represión. Así, paradójicamente, lo censurado y el censor se convirtieron en la misma cosa. Pero ¿no será esa aparente contradicción, que coloca al psicoanálisis en una situación muy poco airosa, la consecuencia de un enorme malentendido de los nexos entre motivado y motivante, esto es —en el lenguaje psicoanalítico—, entre censura o instancia represora y contenido reprimido? O, acaso, en el momento en que Freud rozó el máximo problema, el de la asociación como ley y estructura fundamental de la conciencia, ¿no quedó prisionero de sus antiguos prejuicios naturalistas que le impidieron volverla transparente? Además, al continuar minusvalorando y despreciando la esfera suprema de la autoconstitución del ser-consciente, la esfera en que el mundo deviene relativo-subjetivo al sujeto, dejó de elaborar un auténtico psicoanálisis genético que hubiera permitido el acceso a la conciencia reflexiva de la auténtica “historia de la conciencia” (47).

Lo que, una y otra vez, se impone machaconamente en cualquier tratamiento que revise la problemática de lo inconsciente y lo consciente —como muy agudamente ha señalado H. Ey (48)— es el tema de la libertad y de la “*dramática de la existencia*”. La posibilidad de decidir libremente y, sobre todo, de hacernos solidarios con todos los que también pueden decidir de igual modo, es el motor que nos mueve a rechazar cualquier “naturalismo” de viejo o nuevo cuño, con el que se pretende ahogar en las profundidades irracionales de la vida la autonomía de los actos morales que constituyen el auténtico cimiento tanto de la persona individual como de la colectiva.

Pero, además, creemos que la búsqueda de esa autonomía de la autorresponsabilidad y de la racionalidad encuentra en el “sujeto” husserliano un punto de arranque teórico importante. Por ello seguimos considerando válidos los análisis que persiguen desvelar las estructuras de la subjetividad para hacer transparente la constitución de las modalidades de las asociaciones, incluidas las que el psicoanálisis ha intentado explicar como asociaciones recurrentes a un complicado aparato de leyes fisiológicas y descargas energético-libidinales, que transforman las pulsiones en representaciones simbólicas con una sintaxis y semántica harto problemática. Sin embargo, aunque las síntesis pasivas, en las que se constituyen esas asociaciones, carezcan de una específica motivación de sentido, aparecen no obstante como necesarias legalidades que rigen la constitución del mundo y, en tanto que fenómenos de la subjetividad trascendental, se muestran con una determinada estructura intencional: la que corresponde a la intencionalidad operante que domina toda la vida de la conciencia.

---

(47) E. Husserl, *Analysses zur passiven Synthesis*, pág. 339.

(48) H. Ey, *La Conciencia*, trad. esp., Gredos, Madrid, 1967, pág. 324.